

Josep Lluís Blasco y la libertad de pensar (1940-2003)

En otoño de 1559, publicaba Felipe II un decreto en el que se prohibía a los españoles estudiar en universidades extranjeras. Este decreto, junto a otras medidas de la contrarreforma, mantuvieron a España alejada de la revolución científica, política e industrial que se iba desarrollando allende los Pirineos. La dictadura de Franco nos devolvió a las formas rigurosas de ese aislamiento secular, forzando a los estudiantes de la posguerra a la ingesta de un tomismo raquítrico y estéril como única filosofía.

Afortunadamente, a principios de los sesenta, algunos profesores universitarios empezaron a introducir en las aulas la fenomenología, el marxismo y la filosofía analítica. Por azares del destino administrativo, la Universidad de Valencia se convirtió durante algunos años en receptora del afán de apertura de Carlos París, José Luis Piniños, Joan Reglà y, posteriormente, de Manuel Garrido. El paso de los tres primeros fue efímero, pero lo suficientemente relevante como para dejar una impronta en el joven Josep Lluís Blasco, quien encontró en su magisterio y en las lecturas que ellos proponían el aire fresco que su mente necesitaba. La huella de Manuel Garrido fue más duradera, como también su estancia en la Universidad de Valencia. A pesar de que su llegada a Valencia viniese precedida por el escándalo de una oposición en la que había desbancado a Manuel Sacristán, reputado marxista y conocedor de la lógica matemática; la presencia de Garrido en el Departamento de Lógica y Filosofía de la Ciencia significó el despeque de la filosofía analítica en España. Fue el padre de la revista *Teorema*, organizó varios congresos internacionales e hizo desfilar por Valencia a W.O. Quine, David Pears y Peter F. Strawson, entre otros. No cabe duda de que los filósofos invitados eran tratados como semi-dioses que se dejaban entrever pero no interpelar. Era esa una primera fase de contacto, de asomarse a lo que estaba ocurriendo fuera, cuando la distancia entre nosotros y ellos era todavía demasiado inmensa como para que fuese posible un diálogo filosófico. No podía uno aspirar más que a intentar entender, a tratar de reconstruir los fragmentos del devenir filosófico de los que el franquismo nos había privado. Era esta una tarea imprescindible si uno quería empezar a pensar, si uno aspiraba a liberarse del yugo tomista y mirar el mundo inteligentemente.

Así, lo entendió Josep Lluís Blasco quien, en 1973, publica *Lenguaje, filosofía y conocimiento*¹, con el fin de presentar de una manera ordenada y clara del desarrollo de la tradición analítica desde Russell y Frege hasta lo que él denomina las escuelas de Cambridge y Oxford, y de cuyas páginas no está ausente la discusión y la consideraciones críticas, como el autor mismo confiesa con cierto temor:

"Hubiera sido lo más adecuado limitarme, en todas las cuestiones que llevo tratadas, a una exposición impersonal, sin detenerme en consideraciones críticas. Sin embargo, esto no me ha sido posible porque suponía una ascesis intelectual de la que no he sido capaz: a la par que he ido exponiendo las distintas doctrinas de la filosofía analítica del lenguaje ordinario, no he podido evitar el ir manifestando mi punto de vista."²

¹ Blasco, J. L. (1973), *Lenguaje, filosofía y conocimiento*, Barcelona: Ariel.

² *op.cit.*, p. 191.

Aun a sabiendas de que lo que se esperaba de él, era una exposición supuestamente neutra e impersonal, que la articulación de una perspectiva personal era considerada una osadía imperdonable, la inteligencia y la curiosidad de Josep Lluís Blasco se fue colando por las rendijas y no pudo dejar de escribir una introducción a la filosofía analítica de las que tanto abundan en el mundo anglosajón, en las que el narrador no puede construir su historia más que preguntándose por la verdad o la plausibilidad de las tesis que sus interlocutores del pasado le proponen.

En un ambiente dominado por cierta manera de enfrentarse a la historia de la filosofía, en la que los investigadores tendían a sumergirse en los textos de uno o otro filósofo y no aspiraban más que a reproducir su sistema y su vocabulario, sin ponerlo en conexión con las preocupaciones del presente, sin soñar siquiera con articular una voz autónoma y propia, Josep Lluís Blasco fue incapaz de caer en esa tentación. Su lectura de los clásicos, de Kant, de Carnap o de Quine estuvo siempre inspirada por el interés no tanto en comprenderles como en avanzar en la articulación de los problemas filosóficos que suscita la experiencia del conocimiento.³ Josep Lluís Blasco fue, en definitiva, fiel al papel filosófico que Bernard Williams asigna a la historia de la filosofía, a la necesidad de estudiar a los clásicos con la mirada puesta en nuestras propias perplejidades.⁴

Esta actitud sigue presente en *Significado y experiencia*,⁵ publicado en 1984, donde se propone la reconstrucción de las insuficiencias internas del positivismo lógico. Ese ejercicio podría resultar anacrónico si no fuese por la peculiar historia de nuestro país, donde "solemos estar de ida cuando allende nuestras fronteras ya se está de vuelta y, a veces, lo que es mucho peor, esta situación genera mentes que están de vuelta sin haber ido." Para evitar este último peligro y, por tanto, para ayudar "a clarificar dónde nos encontramos respecto al pensamiento filosófico mismo",⁶ es para lo que Josep Lluís Blasco nos presenta este libro.

Esta manera de acercarse a la historia de la filosofía, esta preocupación por los problemas filosóficos mismos, se transmitía, como no podía ser de otro modo, en su docencia. Y, al igual que él encontró en otros el aire fresco que necesitaba, muchos de los estudiantes de filosofía que desfilamos por sus aulas encontramos en Josep Lluís Blasco el rigor mental y la claridad que echábamos de menos en otras disciplinas. Nos sorprendía descubrir que cada uno de sus enunciados tenía sentido y que venían avalados por razones que uno podía discutir. Y a ello contribuía también su talante personal, su inefable naturalidad, su incapacidad para la representación teatral, su dificultad para olvidar, como decía Montaigne al final de sus *Ensayos*, que "en el más elevado trono siempre sobre nuestro culo nos sentamos."⁷

³ Cfr., por ejemplo, Blasco, J.L., Grimaltos, T. (1997), *Teoria del coneixement*, Valencia: Universidad de Valencia, y Blasco, J.L., Grimaltos, T., Sánchez, D. (1999), *Signo y pensamiento*, Barcelona: Ariel.

⁴ Cfr. Bernard Williams, B. (1996), *Descartes. El proyecto de una investigación pura*, Madrid: Cátedra, prólogo.

⁵ Blasco, J.L. (1984) *Significado y experiencia*, Barcelona: Península.

⁶ *op.cit.*, p. 6.

⁷ Montaigne, (1985), *Ensayos*, Barcelona: Orbis, p. 277.

En el espíritu más profundo de la tradición analítica, nunca entendió la discrepancia como un gesto de enemistad, sino, por el contrario, como una expresión de respeto, de que su opinión era digna de ser discutida. Y esa actitud inspiraba no sólo su quehacer filosófico, sino la vida cotidiana, los debates en el seno del Departamento de Metafísica y Teoría del Conocimiento, del que fue no sólo frecuentemente director sino una parte esencial de su alma; así como en su sigilosa colaboración en reforma de la Universidad de Valencia y su compromiso político con el nacionalismo valenciano. Todo ello, hizo de él un gestor y un activista eficaz, sigiloso y amigable. A pesar de ser moneda corriente, evitó a toda costa el paternalismo, se limitó a rodearse de seres que aspirasen a ser autónomos y no admitió más lazo que el de la amistad. Por eso, no tuvo ningún empacho en respaldar iniciativas que se abrían a horizontes que él no quería perseguir, pero que consideraba oportuno que otros indagasen.

De este modo, interpreto su contribución a la formación de la *Sociedad Española de Filosofía Analítica*. Su compromiso con la política universitaria y cierta forma de sabiduría, dificultaban su participación plena en el debate filosófico que él había contribuido a generar con sus libros, con su docencia y con su política. Los tiempos en los que de fuera venían a desfilar por nuestras modestas pasarelas han pasado ya, los huecos en nuestra comprensión de la tradición filosófica se han ido cerrando, nuestra contribución al quehacer filosófico se ha ido normalizando, los congresos que organiza o apoya la SEFA se han ido integrando en el circuito filosófico internacional. Todavía tenemos muchas carencias, todavía arrastramos las limitaciones de una dosis considerable de auto-didactismo, de nuestra incapacidad para confiar en las voces que supuestamente nos debían enseñar. Josep Lluís Blasco fue una de las pocas voces en las que pudimos confiar, de las que se podía esperar aprender, y que contribuyó a abrir las puertas a un futuro aún tambaleante. El mismo énfasis en estar rabiosamente al día que se adivina en nuestros mejores filósofos analíticos, es un signo de nuestro sentimiento de fragilidad, de nuestro temor a discriminar la fuerza de un voz más allá del hecho de que esté en boga, del miedo a pensar por cuenta propia.

Josep E. CORBÍ
Universitat de València
Departament de Metafísica i Teoria del Coneixement
Facultat de Filosofia i Ciències de l'Educació
Agda. Blasco Ibáñez, 30
E-46010 València